

Editorial

La nueva revolución invisible

Vivimos en una época sin precedentes en cuanto a la generación de información. Hoy existen más datos disponibles que en cualquier otro momento de la historia: se estima que cada dos años se crean más datos que en toda la historia de la humanidad anterior. Cada acción digital —un “me gusta”, un comentario, una búsqueda, ver una película en streaming o realizar un pago con tarjeta— deja una huella. Todo eso es dato, y su volumen crece a una velocidad exponencial.

Gracias a herramientas como el Big Data, es posible analizar esos datos masivos para predecir comportamientos, optimizar procesos, desarrollar nuevos productos o servicios, e incluso influir en decisiones políticas y sociales. Estas capacidades generan enormes oportunidades para negocios lícitos, pero también abren la puerta a usos cuestionables o directamente abusivos. Es en este contexto que se plantea un desafío urgente: ¿cómo construimos una sociedad basada en datos que sea ética, inclusiva y centrada en el ser humano?

El equilibrio entre innovación y derechos fundamentales se vuelve esencial. No se trata de detener el avance tecnológico, sino de asegurar que ocurra dentro de un marco que respete la privacidad, promueva la transparencia y garantice el control de las personas sobre su propia información. Hoy, más que nunca, necesitamos pensar la tecnología no solo desde lo técnico o económico, sino también desde lo social y lo ético. Uno de los grandes problemas actuales es que la mayoría de las personas desconoce el valor real de sus propios datos. Mientras las grandes corporaciones tecnológicas han aprendido a extraer, almacenar y monetizar esta información con gran eficiencia, los ciudadanos aún no han desarrollado las herramientas —ni la conciencia— para hacer lo mismo en su beneficio. Pero ese potencial existe: es posible empoderar a los individuos para que comprendan, gestionen y utilicen sus datos de forma segura y significativa.

La creación de plataformas confiables, con estándares sólidos de protección y con mecanismos claros de control para los

usuarios, puede abrir un camino hacia una economía digital más justa. De ese modo, surgirán oportunidades de negocios que aún ni imaginamos, pero que podrán beneficiar tanto a empresas como a las personas, dentro de un ecosistema más transparente y participativo.

En medio de esta transformación ha irrumpido con fuerza una nueva revolución: la inteligencia artificial. Su avance acelerado, potenciado por la enorme disponibilidad de datos, ha cambiado la forma en que interactuamos con la tecnología, cómo trabajamos, cómo aprendemos e incluso cómo tomamos decisiones. La IA es capaz de procesar información a velocidades impensadas, generar contenido, responder preguntas complejas o automatizar tareas antes reservadas a los humanos.

El impacto de esta revolución apenas comienza a vislumbrarse. Si bien ya vemos sus efectos en áreas como la medicina, la educación, los servicios y los medios de comunicación, sus proyecciones a futuro son aún difíciles de imaginar. Estamos frente a una herramienta poderosa que puede ampliar las capacidades humanas, pero también profundizar desigualdades si no se regula con inteligencia y equidad.

La demanda por mayor control y transparencia sobre la información personal está creciendo. Y es saludable que así sea. Pero la confianza en la tecnología no se decreta: se construye. Diseñar sistemas tecnológicos en los que las personas puedan confiar es una tarea urgente si queremos que la sociedad abrace las oportunidades del mundo digital con responsabilidad y esperanza.

Aún estamos en los primeros pasos de este proceso. La industria, el Estado y la sociedad civil están empezando a entender las exigencias de una ciudadanía digital consciente, crítica y empoderada. El desafío no es menor, pero el camino está abierto. Nos toca decidir cómo lo recorreremos, sabiendo que el futuro, cada vez más, se escribirá con datos... y con algoritmos.

LUIS FERNANDO GONZÁLEZ V
SUB DIRECTOR